

1 JESÚS: HIJO Y HERMANO

DOI: 10.22199/S07198175.2010.0002.00001

Jorge COSTADOAT SJ.

RESUMEN

Para los cristianos, Jesús es el Hijo de Dios. Es persona, es decir, alguien único que se relaciona. Esto nos ayuda a comprender nuestra relación con el Padre y nuestra relación con los demás seres humanos, aún no cristianos: Dios es padre de todos. Jesús creó la fraternidad verdadera y creyó en la fraternidad. La Iglesia es entonces la fraternidad que hace visible la universalidad del amor del Padre.

Palabras claves: Cristo – fraternidad universal – Iglesia – Trinidad – Padre.

JESUS: SON AND BROTHER

ABSTRACT

For Christians, Jesus is the Son of God. He is a person, that is to say, someone who is unique and able to relate. This helps us to understand our relationship with the Father and our relationship with the others human beings, even non-Christians: God is the father of all. Jesus created and believed in the true fraternity. The Church is the brotherhood that makes visible the universal love of the Father.

Key words: Christ – universal fraternity – Church – Trinity – Father.

En el núcleo del cristianismo encontramos la creencia en una persona divina que adquiere una personalidad humana, y como un hombre como nosotros nos proclama que Dios es Padre, muere por ello y por ello es resucitado. En el diálogo con la cultura contemporánea y las otras grandes religiones en que se encuentra la Iglesia hoy, este tema es central y complejo. En este artículo evitaré describir el perfil psicológico y cultural de Jesús. Me detendré, en cambio, en el significado de la persona del Hijo encarnado para el diálogo cada vez más necesario de los cristianos en un mundo pluralista. Quisiera reflexionar sobre la persona de Jesús como factor de comprensión de la realidad y de la paz. Aun más, mi intención es mostrar que cuando los cristianos confesamos que Jesús es el Hijo de Dios lo que hacemos es afirmar que solo la fraternidad humana tiene un valor absoluto.

1.- La persona divina de Jesús

Para los cristianos la identidad última de Jesús es divina. Este hecho marca una diferencia decisiva entre el cristianismo y las demás religiones. Pensemos en el judaísmo y el Islam. Para los cristianos Jesús es una de las tres personas de la Santísima Trinidad. ¿Cuál es el significado teológico de “persona”¹? Sería largo, complicado y tal vez imposible de explicar. Pero, en términos generales podemos decir que el concepto de persona es clave para la teología cristiana pues se usa para explicar que Dios es trino, “tres personas y un solo Dios”, con lo cual, a la vez, se quiere decir que Dios es amor: persona es el Padre en relación (de amor) al Hijo, en virtud del Espíritu que los diferencia y une en su ser un solo Dios. El concepto de persona sirve para decir lo que es único de un ser que, a la vez, solo puede darse en relación con otros seres. Es un concepto relacional. Se es persona en relación a otras personas. En este caso, no sería posible decir que Dios es Padre si no lo

1 Se puede consultar en LADARIA L. F., *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado trinitario, Salamanca, 1998, pp. 261-296.

fuera en relación a un Hijo, completamente distinto de él, pero perfectamente uno con él, gracias al Espíritu de amor que les hace amarse mutuamente.

Con esto hemos dicho algo, aunque poco, del concepto de persona divina de Jesús. ¿Cómo avanzar en la clarificación del concepto? La historia da la pista. De la historia de Jesús y de los hombres con Jesús se extrae el conocimiento de su identidad divina última. Si Jesús no se hubiera relacionado con Dios como si este fuera un “padre” para él, la Iglesia nunca habría reconocido en Jesús al Hijo. Pero -y esto es lo más importante en el contexto interreligioso actual -, esta diferencia decisiva entre el cristianismo y los otros credos, el reconocimiento de la divinidad de Jesús, constituye, para la teología cristiana, la razón exacta de la necesaria amistad entre los credos, y de la justicia y de la reconciliación que los cristianos tienen por misión procurar en el mundo.

Podemos ir todavía más lejos y preguntarnos: ¿no es acaso la hermandad practicada entre los hombres, sean cristianos, judíos o musulmanes, el camino para comprender qué significa que Dios es solo uno en tres personas distintas? ¿No tendríamos los cristianos que “creer con otros” para creer verdaderamente en Dios? El puro cristianismo parece que no basta para creer correctamente. Pues sí, el cristianismo apunta más lejos del mismo cristianismo. Aquí está su grandeza, por cierto irrenunciable. Es la fe cristiana la que nos lleva a pensar que las distintas maneras de practicar y de entender la humanidad, en vez de restarse unas a otras, cooperan en la revelación del Dios de Jesucristo.

Al volver a la historia de Jesús, a la persona del Hijo encarnado, nos encontramos con su fe en Dios y su “fe” en el reino de los hijos e hijas de Dios. Para Jesús la fraternidad tiene un valor decisivo. Los cristianos llegan a creer en la persona de Jesús cuando “creen” que no hay nada más grande que la hermandad entre quienes se tienen por hijos e hijas de un Dios que es Padre.

2.- Perfil humano de la persona de Jesús

a) La fe de Jesús en un Dios Padre

Los teólogos de la segunda mitad del siglo XX relevan la fe de Jesús como un rasgo muy importante de su perfil humano². Martin Buber, gran filósofo judío del

2 Entre varios otros: von BALTHASAR H. U., *La Foi du Christ. Cinq approches christologiques*, Aubier, Paris 1968; RAHNER K., *Considérations dogmatiques sur la psychologie du Christ*, en: *Exégèse et dogmatique*, DDB, Paris 1966, pp. 185-210; SESBOÛÉ B., *Science et conscience du Jésus prépas-*

siglo pasado, destaca la *emuná* de Jesús³. La *emuná* es la confianza que una persona tiene en Dios, es lo que se espera de todo buen judío en razón de la Alianza (*creer*). El concepto griego de *pístis*, en cambio, se inclina del lado de lo creído: es “fe”, pero sobre todo como aquello que el creyente cree (*credo*). Pues bien, para Buber Jesús es un judío cabal. Jesús fue ejemplo de *emuná*. Un creyente por excelencia.

La aceptación de esta conclusión, sin embargo, no ha sido pacífica en la teología católica. Que Jesús haya tenido efectivamente fe (*emuná*) ha sido un asunto discutido precisamente a propósito de la concepción divina de su persona. Si la persona de Jesús es divina, se ha dicho, él no ha podido tener fe. Si Jesús, el Hijo, es Dios como su Padre, ha debido saberlo y poderlo todo desde el principio de su vida humana. Habría tenido, por tanto, el tipo de conocimiento de los santos en el cielo. A diferencia del resto de los seres humanos, él habría nacido exento de aprender el camino que los hombres hacemos juntos y con sumo esfuerzo. La Virgen le habría servido para amamantarlo, pero no para educarlo. Para quienes piensan que el Jesús terreno fue omnisciente y omnipotente, el hecho de que se haya referido a Dios como a su “Padre” es obvio. Por el contrario, que haya debido llegar a comprender esta paternidad a lo largo de su vida en virtud de una revelación del Espíritu no sería obvio, sino absurdo. Este modo de entender la persona de Jesús, sin embargo, plantea un problema: si Jesús no tuvo que progresar en su vida espiritual, los cristianos pueden pensar que ellos, que suponen poseer a Jesús, tienen un conocimiento de Dios, del hombre y del cosmos superior al de los demás. Entre una cosa y otra hay solo un paso.

El problema de otorgar a Jesús de Nazaret el conocimiento de los santos es que implica una noción deficiente de la unión de la persona divina de Jesús con su humanidad. El cristianismo nos enseña que en Jesús solo hay una persona, la divina, pero en la encarnación el aparecer humano de esta no afecta el perfil psicológico del hombre Jesús, sino que la unión perfecta de Jesús con Dios constituye el factor preciso de su máxima humanización. De aquí que, al participar la humanidad de Jesús de su persona divina, los cristianos pensamos que nadie ha tenido una personalidad tan humana como la de Jesús. A esta conclusión se llega si se obedece el mandato del Concilio de Calcedonia (año 451) de reunir en la sola

cal, Pédagogie du Christ. Eléments de christologie fondamentale, Cerf, Paris 1996, pp. 141-175 ; HÜNERMANN P., *Cristología*, Herder, Barcelona 1997; GUILLET J., *La foi du Jésus-Christ*, Desclée, Paris 1980.

3 En GESTEIRA M., *La fe-fidelidad de Jesús, clave central de la cristología*, en URÍBARRI G. (Ed.), *Fundamentos de teología sistemática*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2003, p. 99.

persona de Jesús lo humano y lo divino sin mezclarlos ni confundirlos. A esta conclusión llegó Calcedonia tras la lectura que hizo la Iglesia de la Sagrada Escritura. Los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) nos hablan de un crecimiento interior de Jesús en la relación con su Padre (el niño “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia...”, Lc 2, 52) y, por tanto, de la posibilidad en él de la ignorancia (“mas de aquel día y hora, dice Jesús, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre”).

El evangelio de Juan, empero, mueve a confusión. A San Juan le interesa que creamos en el hombre cuya identidad última es divina. Para eso nos proyecta la imagen de un Jesús glorioso, la del Hijo en quien se anticipa el triunfo sobre la muerte. Aunque este énfasis no debiera hacernos olvidar que en este mismo evangelio Jesús destaca por su obediencia al Padre y su fidelidad meritoria. Juan diría algo así como: “el se comportó como Hijo porque lo era”.

No ha sido posible, por cierto, que el Salvador no supiera –con un tipo de conocimiento “instintivo”, podríamos decir, y desde siempre- cuál era su identidad y misión⁴. Pero negarle la necesidad de haber hecho un aprendizaje paulatino conduce, en definitiva, a una mala comprensión de la vida cristiana y de las relaciones de los cristianos con los que no lo son. La imagen del Cristo de san Juan, si no es precisada por la de los evangelios sinópticos y controlada por los dogmas de la Iglesia, nos asombra, nos deslumbra, nos maravilla, pero también nos impone al Señor de golpe, como si contaran poco nuestras dificultades para encontrarlo. Jesús de Nazaret, con toda su majestuosidad, no debiera encajonar nuestra vida espiritual en una alternativa de “todo o nada”, como si lo único importante fuera haber llegado a creer en él en vez de aprender a creer como él llegó a hacerlo.

Una imagen poco histórica de Jesús, por de pronto, desacredita los esfuerzos del diálogo interreligioso. ¿Cómo podríamos los cristianos dialogar en el foro interreligioso si desconocemos las conexiones crísticas subterráneas que unen a todos los hombres como criaturas de un Dios que es tan Padre como Creador de la humanidad? ¿Pudiera una imagen ahistórica de Cristo eximirnos de argumentar ante otros cómo entendemos la convivencia planetaria?

El caso es que los estudios bíblicos concluyen que Jesús fue un hombre de oración que trató a Dios de *Abbá*. Este Jesús, irrepetible entre los hombres, extrae

4 Karl Rahner, a efectos de explicar cómo Jesús “aprendió” lo que desde siempre “supo”, distingue en el conocimiento humano dos modalidades: una originaria, a priori, subjetiva, intuitiva y atemática; y otra derivada, a posteriori, objetiva, reflexiva y temática (cf. *Considérations dogmatique sur la psychologie du Christ*, en: *Exégèse et dogmatique*, Paris, DDB, 1996).

su identidad de "otro", un Dios-Papá. La Iglesia identificó a Jesús como el Hijo, pues no tuvo mejor manera de denominar su experiencia espiritual de Cristo, la de un hombre que se supo uno y único en Dios, su Hijo amado. La libertad y la autoridad con que Jesús habló a Dios y de Dios, los cristianos las salvaguardaron con el título de "Hijo"⁵. Después de su resurrección, "Hijo" fue el nombre que sirvió a los discípulos para asegurar que su experiencia de Dios los hermanaba.

b) La "fe" de Jesús en un reino fraterno

Jesús tuvo fe en Dios. Se supo único para su Padre y uno con Él. Esta fe lo liberó de las nociones corrientes de Dios y lo autorizó para hablar de un Dios paternal. Esta fue la razón última del conflicto que lo llevó a la muerte.

En lo inmediato, Jesús proclamó el reino a pobres y pecadores como un mundo compartido que comenzaba a edificarse con su propia presencia histórica. En cierto sentido puede decirse que Jesús "creyó" en la fraternidad; que creyó en la igualación en dignidad de todos los hombres a los ojos de Dios. Es así que la Iglesia concluyó que él era para ella el primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29). Con Jesús principió el predominio paternal de Dios sobre todos, de modo que también los paganos habrían de ser tratados como familiares.

Volvemos otra vez a lo dicho más arriba: la proclamación de la divinidad de la persona de Jesús constituye para los cristianos un compromiso de compartir el mundo. Si este no fuera el efecto buscado la confesión cristiana de la divinidad de Jesucristo no tendría sentido, pero no sería por ello inocua. Los reclamos de posesión de la verdad absoluta, la pretensión de poseer "el" concepto de Dios, han hecho mucho daño en la historia de la humanidad. Los cristianos debemos ser los primeros en reconocerlo. Es la misma fe en la divinidad de Cristo la que obliga a sacar esta conclusión. Cuando los primeros cristianos proclamaron que Jesús, muerto por el reino y resucitado como rey, era el Hijo de Dios y no un piadoso común y corriente, lo constituyeron en la piedra angular de un reino de fraternidad universal y eterna. De aquí que la persona de Jesús tiene para los cristianos un valor absoluto, pero penúltimo; lo último no es simplemente Jesús en cuanto Hijo, sino en cuanto Hermano⁶. Lo absoluto es la hermandad creada en el Hijo por

5 Cf. Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión*, en Documentos 1969-1996, BAC, 1998.

6 Esta importante distinción la hace Jon Sobrino a propósito de Jesús y el reino de Dios (cf. *Jesucristo Liberador*, Trota, Madrid, 1991, p. 96 ss.).

el Padre. Creer los cristianos en el Dios en que Jesús creyó, solo tiene sentido auténtico allí donde la Iglesia y los hombres de buena voluntad buscan juntos el significado misterioso de ser todos sin exclusión hijos e hijas de Dios.

3.- Los cristianos creemos que el Hijo es el Mediador único de la salvación

Para los cristianos Jesús es el Hijo y el Hermano. Pero, ¿cómo toman los que no son cristianos una afirmación así? En el campo interreligioso hoy la creencia de los cristianos en Jesucristo como Mediador único y absoluto de la salvación constituye un problema ¿Hemos de renunciar los cristianos a este dogma para facilitar el entendimiento con los demás? De ninguna manera, todo lo contrario. Es preciso esforzarse en encontrar la mejor explicación, aunque la dificultad sea enorme: ¿cómo entender aquella afirmación sin exigir a los otros credos una especie de “rendición”? ¿Cómo pudiera no ser ella, en realidad, ridícula? Porque el reclamo de absolutez de una religión solía ser causa de dominación y de violencia. Pero en un contexto multicultural y plurirreligioso una tal afirmación, además, se presta a la burla.

Es aquí donde vuelve a ser importante reconocer la fe en Dios del Hijo encarnado. Jesús no tuvo al Padre, creyó en Él. De un modo parecido, los cristianos no tienen al Hijo de Dios, creen en él. Nadie cuerdo puede decir que tiene a Dios, que lo conoce de un modo exhaustivo y para siempre. En ambos casos, el de Jesús y el nuestro, es el Espíritu quien activa una búsqueda y una experiencia de filiación y de fraternidad que no sería auténtica si no fuera reconocida como posible en los que no son cristianos. La fe trinitaria atribuye al Espíritu una función específica, no reductible a la de la persona divina del Hijo, esto es, la de arraigar el conocimiento de Dios en una praxis radicalmente histórica, la cual supone un ejercicio de discernimiento de las condiciones que hacen posible una convivencia humana en justicia y paz.

En este punto entendemos que el Espíritu del resucitado activa en los cristianos la fe que activó en Jesús para que creyera que Dios era su Padre. Que Jesús sea nuestro Hermano constituye un reconocimiento vacío si no se admite que es el Espíritu quien promueve una práctica de filiación y de fraternidad entre los hombres, a saber, el camino a la convivencia universal que debe discernirse entre todos y para el cual nadie tiene la receta. Los cristianos, en este sentido, no tenemos el monopolio del conocimiento de Dios y, de algún modo, solo creemos correctamente en Él cuando creemos con otros. La confesión de Jesús como Dios

nos obliga a reconocer a los otros como hijos e hijas de un Padre que terminaremos de conocer cuando creemos todos juntos las vías de un amor fraterno.

La necesidad de discernir en el Espíritu qué significa ser hijos e hijas de Dios impide a los cristianos considerarse superiores a los demás. Esto lamentablemente ocurre, se considera incluso que en ello estriba la ortodoxia, aunque nada tenga que ver con el credo trinitario. En virtud del Espíritu, en cambio, la confesión de la divinidad de Cristo prolonga y participa en otros su ser “persona”, es decir, el deber de jugar en un mundo fratricida las cartas de un amor fraternal. La persona humana, todos los hombres, gracias a la fe en la Trinidad, merecen un respeto incondicionado y, a la vez, tienen el deber de crear las condiciones de una convivencia incluyente.

Se dirá que, así las cosas, la Iglesia es prescindible o incluso un obstáculo al mismo cristianismo. Por cierto muchas veces lo es, pero no por vocación. En realidad, si de fraternidad humana universal se trata, tal vez nunca antes ha sido más necesaria la Iglesia. Su misión es tan trascendente como humilde. La grandeza de la Iglesia está en reconocer que no tiene a Dios, sino que Dios la tiene a ella para garantizar a toda criatura una estimación personal imperecedera. La Iglesia no tiene a Dios, pero sí tiene la convicción infalible de la universalidad de su amor.

Jorge COSTADOAT sj

Dr. Teología

Pontificia Universidad Católica de Chile

jcostado@uc.cl